

**Utopía y realidad**  
**Testimonio de un gobernador (1995-1999)**

**Universidad Nacional de Cuyo** (Mendoza, República Argentina)

Rector: Ing. Agr. Arturo Roberto Somoza

Vicerrector: Dr. Gustavo Andrés Kent

Sec. de Ext. Universitaria: Lic. Fabio Luis Erreguerena

**EDIUNC** Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo

Director: Prof. René Gotthelf

La publicación de esta obra ha sido recomendada  
por el Comité Editorial de la UNCUYO

 **EDIUNC**  
EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

  
**REUN** RED DE EDITORIALES DE  
UNIVERSIDADES NACIONALES



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

**Utopía y realidad**  
**Testimonio de un gobernador (1995-1999)**

Arturo Lafalla

EDIUNC  
Mendoza, 2010

**Utopía y realidad**

**Testimonio de un gobernador (1995-1999)**

Arturo Lafalla

Primera edición, Mendoza 2010

Diseño de cubierta e interior: Esther Azcona, Silvina Victoria, Andrés Asarchuk y Roxana Sotelo  
Asesoría editorial: María Delia Vivante

Serie: **Documentos y Testimonios** n° 20

Lafalla, Arturo Pedro

Utopía y realidad. Testimonio de un gobernador (1995-1999) - 1a ed. -  
Mendoza : Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo - EDIUNC, 2010.  
500 p.; 21x16 cm. (Documentos y Testimonios; 20)

ISBN 978-950-39-0248-6

1. Gobiernos Lócales. 2. Procesos Políticos. I. Título

CDD 324

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

ISBN 978-950-39-0248-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© EDIUNC, 2010

Centro Universitario, 5500 Mendoza

República Argentina

## Prólogo

Cuando Arturo Lafalla me llamó para pedirme que le leyera y eventualmente le prologara un libro por él escrito, donde narra su gestión como gobernador de Mendoza, por un lado me sentí sorprendido, por el otro no dudé un segundo en aceptar el desafío, pese a que él me sugirió que lo pensara antes de decidirme. Sin duda haría lo mismo por cualquier otro primer mandatario democrático que me lo pidiera. Es que se trata de una época que he vivido en plenitud, en tanto protagonista o como observador “participante”. Fue, políticamente, “mi” época, la de mi generación, de la cual me siento tan responsable como el que más, en sus pocos aciertos y en sus muchos errores.

No obstante, mi sorpresa no se debió al pedido en sí, sino a quien lo hacía, particularmente debido a la singular experiencia compartida con Arturo. Él y yo formamos parte del mismo equipo político que en 1987 tuvo la responsabilidad de conducir los destinos de Mendoza durante doce años sucesivos. En el gobierno de José Bordón, Arturo fue vicegobernador y yo subsecretario. Durante el de Rodolfo Gabrielli, ambos fuimos ministros en la primera parte de su gestión. Pero, cuando Arturo Lafalla se postuló para gobernador, nuestras relaciones políticas habían sufrido una alteración fundamental debido al alejamiento de Bordón del Partido Justicialista por sus diferencias con el entonces presidente Carlos Saúl Menem. En esa división interna del justicialismo mendocino, yo partí con Bordón y Arturo no, pese a que —como él mismo dice en este libro— no se trató de diferencias ideológicas —ambos disentían profundamente, en público y privado, con la mayor parte de las políticas menemistas— sino de modos muy distintos de encarar la construcción política: unos creíamos que dentro del justicialismo ya poco teníamos que hacer porque cada vez representaba menos el ideario con que asumimos nuestras responsabilidades mendocinas, y otros creían que ese debate debía darse dentro del partido donde empezamos todo.

No tengo en este prólogo la menor intención de defender nuestra posición ni la que adoptaron los que pensaban como Arturo, aunque sí he sostenido y

sigo pensando, que habernos dividido por una cuestión externa a nuestro grupo político fue un grave error que nos condenaba por igual a todos, a una casi inevitable y prematura decadencia, lo que de hecho efectivamente ocurrió. Pero no está en mi ánimo defender ni acusar, justificar ni deplorar. Las cosas fueron así y punto.

Si hago estas breves digresiones personales es porque el tono del libro que prologo lo amerita, ya que —contra lo que pensaba antes de leerlo— no se trata tanto de la rendición de cuentas de una gestión o de un balance de la misma, sino de algo parecido a una confesión individual de alta tonalidad política. Acá no se ha escrito sobre lo hecho puntualmente en cuatro años de gobierno sino sobre cuatro o cinco grandes debates políticos, conceptuales e ideológicos que marcaron el clima de aquella época de fines de los 90 en Mendoza, desde la óptica de quien tuvo la misión de conducir la Provincia en esos cruciales años.

Es, en ese sentido, un libro polémico, muy polémico, que puede ser criticado tanto desde las ideas que sostiene como por el modo en que en su oportunidad el entonces gobernador Lafalla las llevó a la práctica. Pero, defender hechos concretos desde ideas conceptuales es algo que me atraca sobremanera. Porque conecta a la política con las ideas, dos cuestiones que cada día tienden a separarse más en estos momentos donde la política parece ser una mera profesión burocrática, sin ideales, ideas ni objetivos.

### **Lafalla y su tiempo**

El gobierno de Arturo Lafalla fue el tercero continuado de un equipo de peronistas mendocinos que surgieron al calor de la renovación de ese partido a mediados de los años 80. De un grupo que se proponía instalar al peronismo dentro de las ideas de la época, propendiendo a su democratización interna, a su apertura externa y a contribuir a una profunda reforma política, económica y social que le ofreciera nuevos y mejores contenidos a la democracia naciente. Con sus pro y sus contras, creo que esa tarea se emprendió razonablemente bien en Mendoza, no así en toda la Nación, en particular a partir de la asunción del presidente Carlos Menem, quien en vez de continuar la renovación iniciada en el peronismo (de la cual fue uno de sus fundadores) decidió darle un sesgo ideológico alejado absolutamente de todas sus tradiciones y una práctica política que de renovación no tenía nada, sino que hizo revivir las peores prácticas de anteriores épocas argentinas, no sólo peronistas.

Cuando asumió Lafalla, esas contradicciones entre lo que se intentó en Mendoza y lo que se estaba haciendo en la Nación, llevaron a que su gobierno naciera más débil que los anteriores. Y es eso lo primero que se busca explicar en el libro: las diferencias metodológicas que Lafalla tuvo con Bordón, las ideológicas que tuvo con Menem y las metodológico-ideológicas que tuvo con Gabrielli.

Más allá de quien tuviera razón en estos debates, bien podría decirse que su gobierno nació casi sin herencia, sin beneficio de inventario. Lo que, a la postre, lo conduciría a finalizar su etapa sin tampoco dejar herederos. Por eso, ésta es la historia de un gobierno sin ascendencias y sin descendencias significativas y que debió enfrentar desafíos originales en una gran soledad. Una especie de fin de época, sin que pudiera ser el inicio de una época nueva. Se trató, sin dudas, de una gestión compleja, pero no por ello menos apasionante ni menos importante para la historia institucional de Mendoza.

Nobleza obliga, es necesario admitir que Arturo Lafalla intentó recuperar muchas de las ideas que gestaron a nuestro grupo político en los 80. Esto lo digo porque creo que él intentó una renovación dentro de la renovación, pero en un momento infinitamente más difícil, donde la política era menos valorada no sólo por la población sino también por la misma clase política que comenzaba a reemplazar, en muchos de sus exponentes, los ideales por el cinismo, y las estrategias por las conveniencias de la adaptación a las coyunturas.

Aunque a esta altura de mi vida, yo creo que tanto la masiva renovación peronista de los 80 como el solitario intento lafallista de los 90 fueron dos imposibles dentro de un movimiento más propenso al cesarismo o al caudillismo que a las institucionalizaciones republicanas, como lo demostró la década menemista primero y la casi década kirchnerista luego. Pero intuyo que en esto mis diferencias con Lafalla seguirán siendo grandes, porque él sigue creyendo —supongo— en una renovación interna en la que ya no creo más. No obstante, este interminable debate, seguro, lo seguiremos charlando con algunos vinos de por medio, de tanto en tanto, y ojalá que por largos años.

## **El Banco de la decadencia**

La gestión de Lafalla se inició y terminó con una colosal hipoteca: ese monumento a la ineficiencia y a la corrupción llamado Banco de Mendoza,

monumento mítico además, porque en el imaginario colectivo fue —y quizá sigue siendo— algo muy bien valorado por los mendocinos, pese a que casi hace quebrar el estado provincial, por culpas evidentemente imputables a las gestiones concretas que lo administraron, pero también a una cultura política en sus peores expresiones.

La historia de su privatización cubre largas páginas del principio y del final del texto lafallista. En los inicios cuenta cómo se tomó una decisión que debió tomarse mucho tiempo antes, y al final cuenta cómo el Banco ya privatizado se les cayó encima a sus nuevos dueños, como antes se le cayera encima al Estado. Coincido con Lafalla en que ese Banco ya no daba para más a principios de la década del 90 y conozco de primera fuente que los gobernadores justicialistas anteriores también quisieron privatizar o cerrar un Banco que no cesaba de dar pérdidas y que era imposible de hacer funcionar bien, pero el altísimo costo político de esa decisión la hizo demorar una y otra vez.

El Banco de Mendoza es la historia de nuestra decadencia pública, no sólo de los dirigentes políticos sino también de los privados, y de gran parte de la sociedad que transformó —en los hechos— una institución de fomento en otra de subsidios indiscriminados y no explicitados, con los cuales tapar infinitas ineficiencias. En la práctica, casi todos aceptaron que el Banco de Mendoza fuera un lugar de donde sacar plata para nunca reintegrarla, lo cual inevitablemente conducía a una caída que, por la magnitud de tal institución financiera, habría de arrastrar al abismo, también, a toda una época de la provincia. Y particularmente a las elites de ese tiempo.

No podría juzgar cabalmente si la decisión de privatizar el Banco fue mala o buena, mejor o peor, pero sí puedo asegurar que mucho peor fue lo que se haría años después en la Nación cuando el Banco de la Provincia de Buenos Aires y varios más fueron salvados con el dinero de todos los argentinos, no para cambiar su funcionamiento sino con el fin de evitar pagar los costos políticos que se pagaron en Mendoza. En ese sentido, sostengo que no tener más el Banco de Mendoza es una cosa buena para la provincia, actitud que comparto con la que expresa Lafalla.

## Moneta y Leiva. El poder y la justicia

En la odisea final del Banco Mendoza, en su Titanic, aparecen dos figuras que en la narración de Arturo cobran vida al modo de protagonistas fundamentales de una novela dramática. Se trata de dos personajes que parecen extraídos de la literatura de ficción y que le darían una carnadura inédita, inesperada a esos años de la política mendocina. Me refiero, claro, al banquero Raúl Moneta y al juez federal Luis Leiva, dos enemigos íntimos que libraron su épica lucha, su duelo mortal, teniendo como marco las instituciones mendocinas, y que, al final de la “novela” ambos terminarían fulminados, uno por el otro; una especie de *western* en el desierto mendocino donde todos mueren.

En aquellos tiempos, el juicio que muchos peronistas hicieron de Lafalla fue que él tomó posición a favor del juez Leiva, en un intento de diferenciarse de los gobiernos anteriores e incluso del gobierno nacional. Se basaban en que el gobernador no dijo nada cuando Leiva encarceló a una importante cantidad de directivos del Banco Mendoza estatal, muchos de ellos funcionarios de gestiones peronistas anteriores. A partir de allí, la convivencia entre Lafalla y el exgobernador Gabrielli, ya resentida de por sí, se transformará en enemistad manifiesta.

En la interpretación que Lafalla hace de sí mismo frente a esta cuestión crucial, él sostiene que como gobernador decidió que la justicia actuara con total libertad para que llegara decididamente a la verdad, costara lo que costara y cayera quien cayera. Aduciendo que la independencia del Poder Judicial es un valor superior al de la “lealtad” partidaria por la cual supuestamente se debe defender a los “compañeros” en las buenas y aún más en las malas.

No obstante, en este libro, sin retractarse de la decisión que tomó en su momento frente a la justicia, Lafalla es particularmente duro con respecto a la actuación del juez Leiva, acerca del cual cree que tuvo el tiempo y la libertad suficientes para llegar a alguna definición jurídica, a la cual nunca arribó. Estamos frente a otro gran debate, tampoco resuelto del todo en este desinstitucionalizado país, entre la política y la justicia.

El caso de Moneta es central en este libro que —en el fondo— cuenta una época que vivió el nacimiento, apogeo y ocaso del “banquero del poder”.

Un hombre que expresó paradigmáticamente la lógica “capitalista” del menemismo, cubierta de favores políticos, prebendas desde el poder y conexiones *non sanctas* entre lo público y lo privado.

Acá, Lafalla hace una crónica sociológica de Mendoza, ya que en la trayectoria trágica de Moneta, fue la sociedad mendocina entera la que contribuyó a su realce y luego a su implosión final. Porque para Moneta — pese a haber tenido siempre un protagonismo mucho más nacional que provincial— fue Mendoza su real tumba política, el lugar donde su poder implosionó debido a la reacción de una comunidad que, con todos sus defectos, cuenta entre sus grandes virtudes permanentes la de siempre hacer volar por los aires a todo dirigente, público o privado, que pretenda adueñarse de ella.

Lafalla admite haberse dejado seducir, al principio, por Moneta, bajo la discutible presunción de que la suma de un “capitalista nacional” dinámico más los principales exponentes del empresariado local, sonaba como una alternativa interesante para transferir los bancos públicos, y así éstos no dejaran de funcionar. Pero Lafalla termina confesando su profunda decepción para con ambos. Otro debate crucial tampoco saldado del todo, porque aún sigue en pie en la Argentina la duda acerca de si es posible la construcción de un capitalismo de “no amigos” cuando tanto en el “privatismo” menemista como en el “estatismo” kirchnerista, las conexiones políticas por el acceso privilegiado a las prebendas del poder sustituyen a la eficiencia y competencias capaces de formar un empresario sólido, verdadero creador de riqueza. Tampoco parece respondida una pregunta aún más compleja: si los empresarios, por ser nacionales (o provinciales) son por ello mejores que los extranjeros, o si en el fondo no hay ninguna diferencia entre unos y otros cuando la cultura reinante en la sociedad no motiva al fortalecimiento institucional.

En esta historia donde casi todos resultaron villanos, Lafalla se encarga de rescatar una figura esperanzadora dentro del empresariado local, la de Ernesto Perez Cuesta, un hombre que también participó en la privatización de los bancos, pero del cual en el libro se cuentan ciertas confesiones privadas que confirman lo que este empresario siempre demostró en público: una hombría de bien, una conducta empresarial muy diferente a las prácticas usuales en esta provincia y en este país. Una gota en el océano que nos sugiere que no todo está perdido.

## En busca del Estado controlador

Otra figura muy importante del libro es la del entonces Fiscal de Estado y actual legislador provincial, Aldo Giordano. Para Lafalla Giordano fue el “único” fiscal que la democracia gestó hasta la fecha, en tanto contralor del poder político. Y en eso lo alaba profundamente, aunque lo critica en otras cosas. No es usual que un gobernador nombre en ese cargo a alguien que fustigara tan duramente a una enormidad de funcionarios de su propia gestión política. Tan original fue aquello, que mi presunción es la de que ningún otro gobernador querrá tener un funcionario al “estilo Giordano”, aunque Lafalla asegura que lo volvería a tener. La discusión que acá se subraya es acerca del papel de los organismos de control frente a los excesos del poder.

En lo referente a las reformas del Estado, Lafalla implementó un esquema de privatizaciones o concesiones de los servicios públicos que intentó diferenciarse de las prácticas menemistas, por su énfasis puesto en el papel de los contralores y los marcos de referencia. Pero lo único constatable como positivo de esas decisiones, a la luz del transcurrir histórico, es que tanto los servicios del agua como los de electricidad pudieron transferirse con precios muy beneficiosos para el Estado porque esa segunda oleada desestatizadora de fines de los 90, no fue al precio vil de las primera oleada encarada por el gobierno nacional. Ahora, con respecto al funcionamiento de los marcos regulatorios poco es lo que puede decirse porque todos esos esquemas volaron por los aires con la crisis de finales de 2001 y ninguno —ni los supuestamente mejores ni los supuestamente peores— pudo resistir la prueba del paso del tiempo debido a la ruptura de las condiciones pactadas. Lafalla desliza en el texto una opinión personalísima: que con mejores políticas la crisis final hubiera sido evitable, si, entre otras cosas, se hubiera incluido la construcción de un Estado controlador más que puramente privatizador sólo desestructurante del anterior. Una opinión indemostrable a esta altura, pero necesaria de seguir debatiendo, máxime en momentos como los actuales donde a veces pareciera que lo único que se quiere es hacer borrón y cuenta nueva con toda esa época, bajo la presunción —seguramente ilusoria— de que es posible retornar a pasados que no necesariamente fueron mejores, y que —en un caso u otro— son de inviable regreso.

## **El pacto por la Seguridad**

La otra gran cuestión del libro es el análisis de las políticas de seguridad y los cambios que el gobierno de Lafalla introdujo en las mismas luego del asesinato del joven Sebastian Bordón y del motín policial.

Según Arturo, esos hechos pusieron en jaque a su gobierno y en base a ese diagnóstico explica su decisión de proponer un pacto político y social en seguridad cuyas metas sustanciales fueran la de acabar con la corrupción policial y la de fijar nuevos y compartidos lineamientos a seguir por todos los gobiernos posteriores.

A diferencia de muchos otros intentos, ese acuerdo se logró implementar, siendo uno de las pocas “políticas de Estado” que tuvo relativo éxito dentro de nuestra democracia local. Aunque también es cierto que esa política se debió continuar en el tiempo para demostrar su eficacia, como sí ocurrió con el acuerdo vitivinícola pero no este caso.

## **Un hombre y sus circunstancias**

En síntesis, la actualidad de los grandes temas que en este libro plantea Lafalla acerca del nuevo rol del Estado (las privatizaciones, las regulaciones, los pactos en seguridad, el control de los actos de gobierno, las relaciones entre justicia y política, etc.) se mantiene vigente, porque luego de la crisis de fines de 2001 —tanto en Mendoza como en el resto de la Nación— los argentinos hemos renunciado a seguir discutiéndolos, con el mero formulismo de suprimir directamente el debate al condenar en bloque la década en que se los encaró. Por lo tanto, al renunciar a resolver determinadas cuestiones fundamentales para seguir adelante, ellas siguen estando vivas aunque se las intente ocultar, y tarde o temprano deberemos planteárnoslas nuevamente.

En fin, más allá de sus virtudes y defectos, más allá de sus realizaciones ciertas y de sus potencialidades incumplidas, la gestión Lafalla signó un fin de época, sin que a la fecha hayamos entrado acabadamente en otra nueva. En ese sentido, este libro puede muy bien servir como recordatorio de deudas pendientes de la política mendocina, se concuerde o no con sus conclusiones.

Uno de los puntos donde Arturo Lafalla hace autocrítica explícita es por no haberse atrevido a realizar internas partidarias para elegir a sus sucesores en la candidatura a la gobernación. Eso de alguna manera contribuyó a burocratizar aún más una dirigencia política que ya mostraba signos de agotamiento. Pero quizá la mayor crítica que el exgobernador haga en estas Confesiones, es una que no explicita pero que late entre las ideas que nos ofrece: la de no haber podido lograr la conformación de una nueva generación política que sucediera a la que —biológicamente— concluía con su gestión.

Tengo para mí que luego de su paso por la gobernación, Arturo adoptó una posición menos optimista sobre la naturaleza humana, actitud existencial que se ocupa de repetir más de una vez en el libro, pese a que tantas veces reconozca no haber perdido la esperanza. Es que —como dije al principio— Lafalla edificó un gobierno sin contar para él con significativas herencias previas, pero, a la vez, tampoco pudo dejar herederos, lo que de algún modo perjudicó a la clase política mendocina toda porque desde ese entonces y aún hasta hoy, la Provincia no ha podido recrear una clase dirigente sustituta que asuma con la misma firmeza de la de los 80, la renovación política y generacional que tanto necesitamos y que nos seguimos debiendo.

Arturo Lafalla, en las partes finales del libro cita una columna periodística del Diario **Los Andes** donde el cronista hablando de la crisis de los bancos, dice que en la imagen pública, el gobernador muy probablemente quedará como el principal responsable de la debacle. Con su particular estilo, Arturo no desmiente al periodista, sino que se limita a decir: *Cierto, pero injusto*, como asumiendo la crítica generalizada hacia su persona, pero a la vez rechazando lo que en su fuero íntimo no cree fuera verdad. He aquí, en este ejemplo, uno de los dramas esenciales de la política cuando el hombre y sus circunstancias aparecen tan profundamente conectados que se hace imposible diferenciar entre ambas cosas.

En su balance final, Lafalla admite que cuando tuvo la oportunidad histórica quizá más importante de toda una vida dedicada a la política, no le fue posible concretar la revolución que de joven soñó hacer. Pero no tanto porque no lo haya intentado, sino porque la misma era un imposible, al menos tal como estaba planteada por esa generación. No todas aceptarán esa conclusión, pero los que sí la admitan podrán igualmente intentar otros tipos de balance de sus vidas, menos cubiertos de glorias y utopías, pero quizá más posibles y concretos. Por eso, aunque no se muestra exultante por los resultados logrados,

## UTOPIA Y REALIDAD

Lafalla se alegra de que al menos pudo empujar algunas piedras hacia adelante, sacar algunos escollos del camino. También se felicita por, en general, no haber estado en la mayoría de los casos, del lado de los peores de la política, que, a los efectos de personalizar para hacer más vívida su narración, simboliza en la figura del caudillo de Santiago del Estero, Carlos Juárez, arquetipo de un patronazgo feudal y arcaico que todavía sobrevive en nuestro país, pese al transcurrir democrático pero que en Mendoza, felizmente no ha podido entrar, y ojalá no logre hacerlo jamás.

Para el final, rescato de este texto su opción por plantear los grandes debates irresueltos, porque nos desafía a seguir encarándolos hasta su definitiva resolución. Y dejo en manos de los lectores las tomas de posición con respecto a las decisiones que tomó el gobernador que aquí nos cuenta su historia.

Sería deseable que los demás protagonistas del libro ofrezcan sus propias perspectivas para confrontar con la visión aquí expuesta. Y que el resto de los gobernadores de la democracia mendocina también encaren la narración de sus propias historias, que tanto necesitamos todos, no sólo para entender lo que nos pasó, sino básicamente para entender lo que nos sigue pasando. En ese sentido, este texto —más allá de las particularidades de la época que narra— es sustancialmente un texto de actualidad. Una interpelación a nosotros mismos. Y por ello es bienvenido, se esté o no de acuerdo con las formulaciones del mismo.

Carlos Salvador La Rosa